

EPÍLOGO

POEMAS SENTIMENTALES,
CONSIDERACIONES INTEMPESTIVAS

Todo lo que tocas
gime
y la palabra lenta
dice
no hay piedad para nadie

(Hugo Gola, Filtraciones)

De la edición de los *Poemas Sentimentales* en el Borde Perdido pueden decirse muchas cosas, quizá la más significativa remita a la dificultad y al coraje de hacer, editar y leer poesía en Córdoba. Sin olvidar que los *Poemas* inauguran la aparición de otra editorial cartonera, aparición que abre un nuevo espacio para la poesía, la narrativa y el dibujo en estas latitudes.

Agotar la significación de este acto -tarea tan imposible como vana- no es, sin embargo, el propósito de este escrito. Quisiéramos en cambio, ofrecer *una* lectura de las tantas posibles para estos poemas, apenas un escolio, un modo de preparar el terreno, de disponer-nos para que un encuentro tenga lugar.

Estas breves consideraciones son o se pretenden intempestivas no sólo por abrigarse bajo manto nietzscheano -vaya manto-, sino y sobre todo porque tienen que ver con el *tiempo*.

I

Una poesía que no es de este tiempo. Muchas impresiones tuvieron lugar al leer los *Poemas* de Silvio Mattoni, desde cierta desolación y alegría con las que se aborda esta lectura, hasta la inevitable pregunta -antes de reparar en el epígrafe- de por qué alguien titularía de sentimentales a *esos* poemas. La impresión más fuerte sin embargo, fue la de estar frente a un poeta inactual, anacrónico. A un contemporáneo. Si hay razón en las palabras de Agamben, y si ser contemporáneos significa una singular relación con el propio tiempo -en la que uno está adherido al tiempo pero a la vez toma distancia- estos poemas suscitan ese extrañamiento, abren un hueco de tiempo adentro del tiempo, una voz que parece estar hablando desde otra duración. Acaso porque no es posible homologar fácilmente este trabajo con la poesía de su tiempo. Tal vez allí radique la razón por la que parecemos estar asistiendo a una conversación silenciosa, a una cita secreta entre generaciones, apuntaría Benjamin. La misma sensación que cuando leemos a Juanele, ese poeta del futuro.

No creo sin embargo, como cree Agamben, que el poeta deba pagar su contemporaneidad con la vida. No creo que a los poetas les corresponda tan trágico destino. Más bien entiendo que se trata de «introducir en el tiempo una des-homogeneidad esencial»,

esa tarea que Benjamin condensaba cuando pretendía no salvar a los fenómenos honrándolos como herencia, sino haciendo estallar la homogeneidad de una época. Pretensión que, no obstante, no depende ni puede depender de la voluntad del poeta. Hacia el final de *entrelacs*, leemos: «Pero no era / del todo en mí que pasaba algo / por mis palabras. Viene de muy lejos / el susurro imperceptible, persiste / en ríos subterráneos, se diría / que dioses diminutos entrelazan / sus cuerpos y el roce de la piel / espanta porque no podrá tocarse».

II

Pero el horror de esta conciencia / de este pequeño yo sobreagrandado / que no deja lugar para la paz. Gola condensa en este fragmento (Una existencia) un gesto poético muy presente en los *Poemas Sentimentales*: una búsqueda, un deslizamiento de ese dudoso sí-mismo que le es exigido a todo autor, ese pequeño yo sobreagrandado que no deja lugar a la paz, pero tampoco al poema. En cambio, leemos en *tos convulsa*: «Ningún instinto / podrá explicar la forma en que llegabas / a darme lo que soy. Al fin los otros, / ¿qué son sino los ecos de tu voz / en la cueva escarlata donde brilla / la sangre muda?»

El pulso de esta escritura parece sugerir, en numerosas ocasiones, que los poemas estuvieran hablando de otra cosa: no como una alegoría, una comprensión detrás de la comprensión. Las alegorías tienen en la hermenéutica larga tradición que por lo menos aquí no nos convoca: sencillamente como un murmullo, como un llamado que remitiera, no a otra cosa que lo que se dice sino, de nuevo, a otro tiempo. Así, leemos en *el suicida*: «¿Todos seremos, como él, / sólo un texto? No, si la cadena nos tira / hacia el vacío, desechados, esto / prueba que fuimos: imágenes del otro / que vimos, atesoramos u olvidamos / en nuestra fragilidad y que la ajena / reclama para no desaparecer».

Valgan como epílogo estas breves consideraciones entonces, sabiendo que estos poemas admiten tantas conversaciones como lecturas. Sabiendo que hay aquí poemas que tienden un manto, una *oración* (la tarea quizá más inactual y más humilde, dirá Vera). Ese ritmo sutil del que procede todo encantamiento, como decir «Nada es eterno, aunque ningún amor / se va del mundo sin dejar su huella».

Victoria Dahbar